

Herralde, el inventor de nuevos lectores

Jordi Gracia reúne las cartas que el fundador de Anagrama envió a sus autores, agentes y periodistas. Trayectos en torno a un tótem editorial

GUILLERMO BALBONA

Referente obligado. Personalidad diferente en un oficio temerario, Jorge Herralde es más que un editor. En esencia, un «inventor de nuevos lectores». Instinto, insubordinación, vocación son algunos de sus rasgos. El ensayista Jordi Gracia, en calidad de responsable de la edición, disecciona, ordena, transparenta y acerca 'Los papeles de Herralde' en 'Una historia de Anagrama 1968-2000', que acaba de ver la luz en la Biblioteca de la Memoria de esa editorial. El autor de 'La resistencia silenciosa' se adentra en lo cotidiano y lo excepcional, desde lo fundacional a la construcción de una definida manera de vivir el oficio de editor, para acercar al lector las señas de identidad de Herralde y, por ende, de autores, vivencias, luces y sombras que asoman tras la escritura. Cartas, fechas, digresiones, juicios, reflexiones afloran en esta compilación que se antoja una escalera hasta el cielo editorial de un hombre que nunca ha dejado de ser un lector aferrado a una máquina de escribir, una mesa y una silla cuando iniciaba un camino insólito a finales de los sesenta. En palabras del propio He-

rralde: «Pese a los obligados problemas en tantos años, como las crisis económicas en España y de otros países de América Latina, las comprensibles fugas de autores tentados por ofertas de los grandes grupos, una competencia obviamente desigual..., mi experiencia se podría resumir en una palabra: agradecimiento. El agradecimiento de un yonqui de la edición». Por su parte Jordi Gracia, en sus notas 'Sobre un corresponsal lacónico', subraya que «todos sabemos que Herralde se morirá con un manuscrito sobre las piernas y un boli en la mano para subrayar esta expresión feliz o anotar el guion de un email pendiente». Definida como una «trepidante y a ratos explosiva colección de pistas que nos dejan entrever a un tótem de la edición literaria internacional en la intimidad de su oficio», la obra recorre las diversas etapas profesionales, relaciones y testimonios en un corpus forjado a través de las cartas de Herralde a autores, agencias, críticos, periodistas y colegas desde la fundación de la editorial y hasta el año 2000. Un itinerario, como revelan los epígrafes del libro, sembrado de trincheras, rumbos, tempestades y mar en calma. Como dejan claro los da-

tos y procesos, Herralde toma decisiones casi siempre a toda velocidad y con buenas razones lógicas: «Descarta manuscritos, negocia derechos, revisa pruebas, sugiere portadas, propone opciones y manda cartas a veces incendiarias o interviene en la discusión pública sin neutralidad política alguna». El suyo es un oficio «sin leyes, sin normas, sin pautas, y por eso solo la personalidad del editor decide las rutas imprevisibles de la aventura: el gusto, la intuición, la temeridad y la imaginación determinan los autores, las diatribas, los debates, las colecciones, las portadas...».

Desde «las greñas airadas del joven de 1969 hasta las peligrosas canas del tótem editorial de hoy, a sus 85, van más de cincuenta años de historia sin respiro, o al menos sin respiro para un edi-



LOS PAPELES DE HERRALDE. Una historia de Anagrama 1968-2000
JORDI GRACIA (ED.)
Ed.: Anagrama.
2021. 424 páginas.
19,90 euros



FOTOGRAFÍA: ALEJANDRO GARCÍA / EFE

tor que asumió su oficio bajo la variante obsesivo-compulsiva». Herralde, irreverente, heterodoxo y visionario.

En palabras del escritor y cineasta torrelaveguense Manuel Gutiérrez Aragón, el secreto fundacional de Herralde radica «en su gran curiosidad intelectual y después ya viene todo lo demás». Ya se sabe, subraya, que «es un buen ojeador de nuevos talentos, pero también es un implacable lector de textos, sean de consagrados o no».

4.000 títulos

La nómina es interminable. Casi veinticinco páginas abarca el índice onomástico. De Patricia Highsmith a Tom Wolfe, de Carmen Martín Gaité a Martin Amis o de Thomas Bernhard a Ryszard Kapuściński. En esa agitación diaria no faltan nombres como el del santanderino Alvaro Pombo. Durante muchos años, confiesa Herralde, «mi trabajo más gratificante fue la lectura y primera revisión de los manuscritos en lengua española. Pocos goces comparables a la lectura de la maravillosa e inaudita prosa de Alvaro Pombo. Eso sí —matiza— trufada de, en ocasiones, alguna palabra que algún filósofo supersabio po-

dría descifrar (pero desde luego ninguno de los lectores de su novelas)». Y respecto a su trato con el autor de 'El héroe de las mansardas de Mansard', el editor recuerda las discusiones acaloradas y divertidas con Pombo en las que, al final, como rezongando, daba su brazo a torcer». Además, ya en lo puramente cronológico, se destaca como un hito especial en la vida de Anagrama, «pura adrenalina» en las novedades de la época, «el éxito de Pombo en la feria de Frankfurt de 1985, algo que no había pasado nunca en la literatura española hasta entonces, y se suceden en cascada sus traducciones y contratos».

Un trayecto de 4.000 títulos, en fin, ingente que comprende desde la primera Anagrama, «guerrillera, subversiva y revolucionaria», pasando por el instinto de Herralde para «detectar el cambio de los tiempos para impulsar otra revolución más profunda, más pertinente» y, a partir de 1977, «ofrecer a los ciudadanos de una democracia titubeante los libros que no sabían qué querían leer». A juicio de Gracia, Herralde «no solo inventó a los nuevos lectores: inventó también a buena parte de los nuevos novelistas y ensayistas de la democracia».